

# Discípulos de Cristo hoy

Samuel Yañez\*

**El proyecto histórico de establecer un catolicismo de discípulos implica hoy una eclesiología de comunión, una radical referencia al servicio del mundo y la realización de una vida cristiana adulta.**

El tema del *discipulado* constituye un eje vertebral, junto a la idea de *misión*, del Documento de Participación *Hacia la V Conferencia del CELAM*. En último término, de lo que se tratará en Aparecida, Brasil,

en el 2007, será de discernir cómo ser “*Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida*”.

El documento destaca que el núcleo del discipulado está en la experiencia personal de Jesucristo, que hace del creyente un seguidor del Señor y, más aún, “otro Cristo”. Se ponen de relieve los sacramentos, en especial la eucaristía, como “lugar” de encuentro con Jesús. La iniciativa de Dios provoca y motiva una respuesta humana que, siendo afirmativa, integra al discípulo a la comunidad y lo constituye en misionero y testigo. Hay tres aspectos destacados de esta misión: la irrenunciable opción preferencial por los pobres, la apertura a las racionalidades en lo que ellas tengan de verdadero, y algunas opciones preferenciales dada la circunstancia actual del continente. Se insiste también en la necesidad ineludible de la formación. Aquí, se atiende a la importancia de comunidades formativas, con itinerarios y exigencias claras, y de la formación en la acción. Hay una especial mención a la urgente necesidad de una catequesis que comunique, incluso, las verdades más fundamentales. Esto supone un diagnóstico pesimista sobre el conocimiento existente en el continente de las verdades cristianas.

El discipulado aparece pues en el documento como un carácter común a todo el Pueblo de Dios. Si bien, como indica Juan Noemi,<sup>1</sup> el tratamiento del sacerdocio ministerial en el

documento no se hace desde la idea de sacerdocio común de los fieles, sin embargo es posible afirmar que la noción de *discípulo* equivale a esa determinación común a todos, desde la cual se comprenden las diferencias

de funciones en la Iglesia. Los pastores son maestros-discípulos, y también son discípulos los sacerdotes, consagrados y laicos. Tal vez, el abandono de la noción de “sacerdocio común” se deba al diagnóstico que se hace de la misión laical, en el sentido que ésta se orientaría en demasía a labores internas de la Iglesia y poco al servicio, testimonio y apostolado en la sociedad. El concepto de “sacerdocio común” pudo haber contribuido a ello. Sin embargo, esta relevancia de la noción de “discípulo”, unida a la omisión de la de “sacerdocio común”, puede ser sujeto de otra interpretación. No hablar de “sacerdocio común” puede significar una voluntad de marcar la diferencia entre sacerdotes y laicos, entre jerarquía y pueblo fiel. Hay expresiones del documento que, en mi opinión, dan pie para esta hermenéutica. A esto iría ligada otra idea: que los asuntos de la Iglesia son responsabilidad del clero, y los del mundo competen a los laicos. Una división que no está en sintonía con la renovación teológica del Concilio, pues el adjudicar las tareas espirituales a los sacerdotes y las terrenales a los laicos, termina por desvalorizar a estos últimos.

\* Profesor de filosofía y Director del Departamento de Filosofía de la Universidad Alberto Hurtado.

<sup>1</sup> Cfr el artículo de Juan Noemi que viene a continuación.



**Fomentar e impulsar una vida cristiana a partir de la idea de “discípulo”, supone tener en cuenta y considerar qué entenderá por “discípulo” ese sujeto que se encuentra hoy con Jesucristo vivo y, a partir de ese encuentro, cómo “responderá a los grandes desafíos de nuestro tiempo”**

### ATENCIÓN A LA MENTALIDAD DEL TIEMPO

Dos pensamientos habría que esbozar aquí. En primer lugar, que la noción de “discípulo”, con toda la riqueza que ella comporta, no basta por sí sola para abrir caminos de futuro. Un asunto crucial se juega en la interpretación que de ella se haga: desde una eclesiología de comunión y participación que distingue funciones de servicio a la comunidad, o bien desde una eclesiología más bien jerarcológica que supone como antecedente una base común de todos. Por otra parte, hay que insistir en que las relaciones Iglesia–Mundo no se resuelven de ningún modo con la aplicación de un esquema funcional de división del trabajo en el ámbito eclesial. Pastores y clero actúan en el mundo y están en él; el laicado, por su parte, es corresponsable de la Iglesia, sus decisiones y opciones.

Esto, a su vez, hace aparecer otro asunto crucial. Fomentar e impulsar una vida cristiana a partir de la idea de “discípulo”, supone tener en cuenta y considerar qué entenderá por “discípulo” ese sujeto que se encuentra hoy con Jesucristo vivo y, a partir de ese encuentro, cómo “responderá a los grandes desafíos de nuestro tiempo” (44). Con mayor razón hay que tener esto presente, cuando explícitamente se declara la voluntad de “llegar” a esa persona (44). Además de la riqueza bíblica del vocablo y de la honda espiritualidad y auténtica teología del discipulado, desarrolladas secularmente en la tradición, hay que atender a la mentalidad del tiempo. Esta, si bien, como insiste tal vez en demasía el documento, incuba antivalores (121, 141, 145, 146, 147), también, como toda mentalidad, destaca más algunos aspectos sobre otros, de los multiformes ingredientes de la realidad, la verdad, el bien y la belleza. Esto no es de por sí negativo, sino más bien positivo: toda época hace descubrimientos existenciales que van enriqueciendo el conjunto de la experiencia humana.

La peregrinación humana en este mundo es histórica y, por lo tanto, finita. Es desde esta finitud, y sólo desde ella, que es posible la apertura a la verdad. La parcialidad es un regalo antes de ser una carencia.

Cabe preguntarse, entonces, cuáles son aquellos elementos particularmente sensibles a la mentalidad del hombre y la mujer de hoy. Aquí, si de soñar el futuro se trata, habrá que atender especialmente la voz juvenil. Es verdad que hacer este trabajo de escucha no es fácil, pues hay mentalidades varias, en constante movimiento e interacción. Pero, con todo, hay un rasgo que es claro como el agua no contaminada: los procesos de modernización, también impulsados por la fe cristiana, tienen en su base, medio y fin, el impulso hacia la mayoría de edad o adultez. Una buena forma de comprender adecuadamente este rasgo es asociarlo a la idea cristiana de persona. La persona humana —amada, creada y redimida por Dios—, constituye un *absoluto relativo*<sup>2</sup>. Es un absoluto, pues constituye su existencia enfrentada al cosmos natural y social, incluso al mismo Dios, en libertad de conciencia y de opción. Es relativa, pues su carácter absoluto es constitutivamente fundado y tiene por finalidad la comunión fraterna con las demás personas y con Dios mismo. La persona humana, siendo absoluta es relativa, y siendo relativa es absoluta. El amor de Dios la constituye en un *pequeño dios* —no en un ídolo—. Dios, el absolutamente absoluto, al fundar la relatividad humana, le confiere su dependiente absolutéz. Por ello, el ideal moderno de la mayoría de edad, de la adultez y de la autodeterminación encuentra pleno eco en la fe cristiana, siempre y cuando queden integrados ambos aspectos de la persona, su absolutéz y su relatividad.

## LA COMÚN IGUALDAD DE LOS CREYENTES

Preguntémonos, pues, cómo la realización del discipulado es posible hoy, en medio de una cultura que destaca este elemento de adultez. En suma, ¿cómo apurar el paso hacia un cristianismo de adultos, vivido por todos los creyentes? Un ejemplo puede servir para ilustrar esto. Hasta hace algunos años, no muchos, en el momento de contraer matrimonio civil, se hablaba de los

deberes de la mujer, entre los cuales se indicaba el de “*seguir*” al esposo. Hoy, esto ya no se dice. ¿Cómo, entonces, hablar del “*seguimiento*” de Cristo y de la “*obediencia*” propia del discípulo, en estas circunstancias? Estos términos —seguimiento, discipulado, obediencia—, junto con expresar intuiciones y verdades fundamentales de la experiencia cristiana, cargan con interpretaciones hechas desde concepciones unilateralmente jerarquizantes de la comunidad humana, tanto civil como eclesiástica. Mi esposa, como la mayoría de las mujeres actuales, no gusta ya decir que me sigue, sino más bien que caminamos juntos en compañía y comunidad. Aquí también, entonces, resulta importantísimo el criterio hermenéutico a partir del cual se comprende aquello de ser discípulo y seguidor en la Iglesia. Pienso que la insistencia excesiva, a veces unilateral, en las “verdades”, en los “valores”, justamente no ayuda, sino que obstaculiza el desarrollo de un cristianismo de discípulos entre los laicos y laicas.

Siguiendo el hilo de lo que acabamos de afirmar, queda claro que un catolicismo moderno, como lo ha señalado el Concilio Vaticano II, pone de relieve ante todo la común igualdad de los creyentes, el trato de “hermano” como fundamento del de “padre”. Esto tiene consecuencias significativas para el tema del ejercicio de la autoridad en la Iglesia. Esta autoridad, a la luz del tiempo, se destaca como primacía entre hermanos adultos. Y esto supone deliberación común, respeto de las legítimas diferencias, reconocimiento en la fe de la elección de Dios. Pienso que en el lenguaje eclesial se hace necesario, hoy por hoy, insistir más en estos aspectos, que me parecen ligados muy estrechamente al proyecto histórico de un catolicismo de discípulos. Siendo importante la catequesis y las verdades fundamentales, la profundización del discipulado, especialmente en el laicado, pasa por el acompañamiento cercano, la promoción de experiencias de desarrollo espiritual y humano, el diálogo teológico con disciplinas cultivadas por laicos y laicas, y la apertura a la conversación honesta y libre, pues el cristianismo sigue en construcción. ■

<sup>2</sup> Cfr. X. Zubiri, *Hombre y Dios*, Alianza, 1984.

## (PARENTESIS)

otra actitud ante las drogas

# 188-800-200-200

FONO ACOGIDA

llamada gratuita y confidencial

